

CLAIRE MARTINI



PEQUEÑAS
Bailarinas

El sueño de Melisa



ANAYA

PRIME BALLERINE - Il sogno di Melissa,
de Claire Martini
© 2019 Mondadori Libri S.p.A., Milano
Ilustraciones de Agnese Innocente

1.ª edición: octubre de 2019

© De la traducción: Marinella Terzi, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

ISBN: 978-84-698-6248-3
Depósito legal: M-23906-2019

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CLAIRE MARTINI



PEQUEÑAS
Bailarinas
El sueño de Melisa

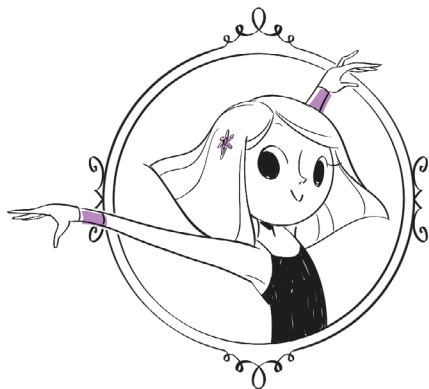


Ilustraciones de Agnese Innocente

Traducción de Marinella Terzi

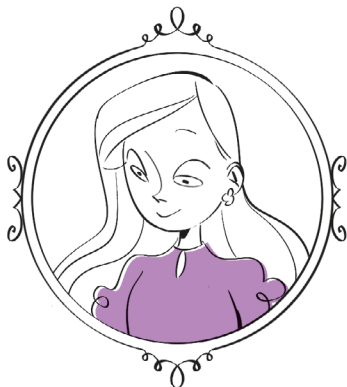
ANAYA

MELISA Una chica formidable, de gran corazón y entusiasmo a prueba de bombas. Su confidente es un gato pelirrojo y perezoso.



LA ABUELA OLGA Rubia, alta, delgada, tenaz como su nieta. Le ilusiona mucho que Melisa baile, pero por encima de todo es la mujer de las mil sorpresas...

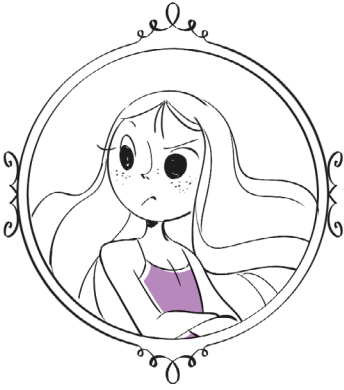
ELISABETTA Afectuosa, simpática y muy educada. La directora de la escuela de baile cree en sus alumnas y las anima con todas sus fuerzas.



AMINA Alegre y simpática, es la amiga llena de rizos de Melisa y la mejor compañera de curso que se puede tener. Sin ella el baile no sería igual.

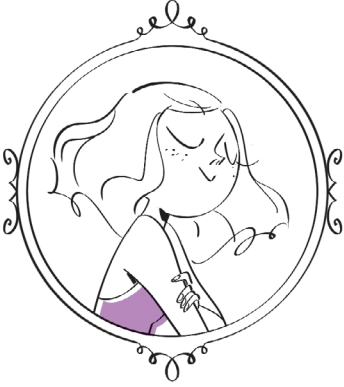
LEONARDO También al mejor amigo de Melisa le gusta bailar, pero prefiere los pantalones largos, la gorra y el ritmo desencajado del hip hop a las medias.





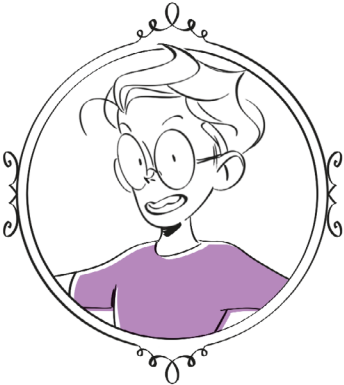
Violeta Es la jefa de las Risieuses y superantipática: estar de acuerdo con ella es realmente difícil. Ejecuta todos los pasos a la perfección: ¡es una rival a la que no se puede perder de vista!

LIN MEI Habla poco y pasa de hacerse la simpática. Con Violeta y Francesca forma un trío inseparable. Ellas son las mejores o, por lo menos, eso dice.



FRANCESCA Es una faltona y tiene la lengua muy larga. Le gusta tomar el pelo a todo el mundo, planeando bromas e inventando apodosos ofensivos.

DENISE La profesora de baile más severa del universo piensa que Melisa es demasiado distraída para convertirse en bailarina. ¡Con ella no se juega!



THOMAS Es el hermano mayor de Amina. No os dejéis engañar por su aspecto: ¡es un auténtico príncipe del ballet!

1

Un amuleto especial

Me llamo Melisa, tengo nueve años y de mayor seré una bailarina famosa. ¿Que cómo lo sé? Vale, ¡ahora os lo cuento!

Para empezar, siento una gran, no, una grandíí-sima pasión por la danza. Si oigo música, mis pies se mueven solos y me pongo a bailar allí donde me encuentre: en la cama, en el baño mientras me lavo los dientes... ¡Incluso en el coche termino desmelenándome!



La cosa empezó hace unos años. Yo tenía cinco, era la tarde del 24 de diciembre y por la tele retransmitían un ballet titulado *El cascanueces*. En cuanto oí la música, dejé mis juguetes y me puse delante del televisor. Papá iba a cambiar de canal, pero la abuela, que estaba en casa para celebrar la Nochebuena, le dijo que lo dejara estar y me permitiera verlo.

La abuela Olga era la mujer más guapa que yo había visto en la vida. Rubia, alta, delgada y delicada como un junco, pero también ¡muy fuerte! Su nombre completo era Olga Kotova. Decía que en Rusia las chicas parecen frágiles, pero son tan fuertes como el acero, y que yo, con la apariencia de un comino, en realidad ocultaba dentro de mí una ener-





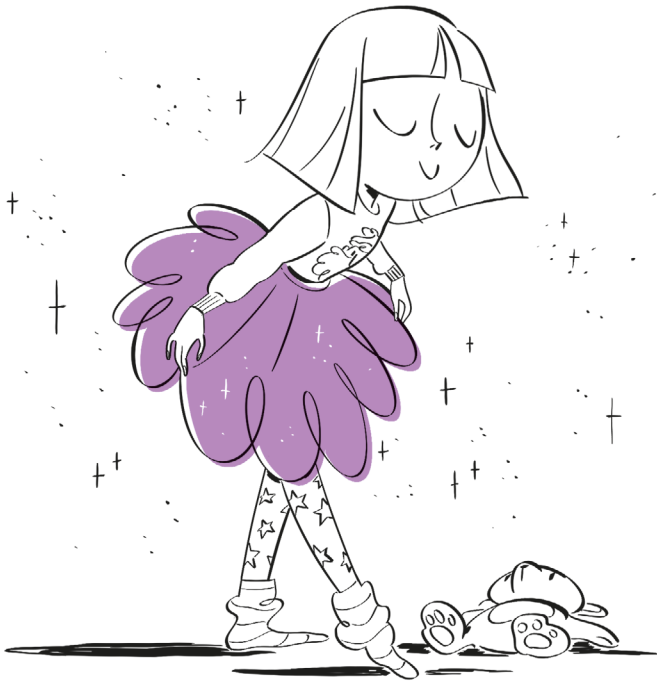
gía muy grande. Me llamaba siempre *ptichka*, que en ruso significa 'pajarito'.

Ahora os preguntaré: pero si nació en Rusia, ¿cómo es que estaba en Italia? ¡Muy simple! Vino de viaje de novios con el abuelo, y el país le gustó tanto que decidió trasladarse aquí. «En Rusia, demasiado frío», decía con su italiano imperfecto. «En Italia, sol. ¡Prefiero aquí!».

¿Qué os estaba contando? Ah, sí. ¡*El cascanueces* en la tele! Ese día vi el ballet de principio a fin, imitando los pasos de la bailarina que representaba el papel de Clara, la protagonista. Cuando cayó el telón, hice una reverencia, y la abuela, aplaudiendo, exclamó:

—¡Bravo, *ptichka*! Si quieres, puedes ir a una escuela de ballet. ¡Así bailas como pequeña bailarina!





No creía lo que estaba oyendo: ¿La danza se estudiaba realmente? ¿Y yo podría llegar a ser tan buena como aquella bailarina? La respuesta que pude darle a la abuela fue solo: «Sí, sí, sí». O si queréis, os lo digo en ruso: «*Da, da, da*».



La abuela me prometió que, en cuanto terminaran las vacaciones de Navidad, me acompañaría ella misma a inscribirme en una escuela de danza. Para mí fue el mejor regalo de todos, todavía mejor que el castillo de los ponis que me regalaron ese año. Me pasé las vacaciones repitiendo a todo el mundo: «¡Me voy a convertir en una bailarina de verdad!».

La abuela y papá habrían hecho cualquier cosa para ayudarme a conseguir mi sueño. Mamá, en cambio, no estaba del todo de acuerdo. ¿Sabéis? Es que ella es profesora y es mucho más estricta. Es una persona práctica, que no cree mucho en los sueños y prefiere mantenerse «con los pies en la tierra», como repite siempre.



—Pero ¿vosotros dos no sabéis que la vida de una bailarina está llena de grandes sacrificios? —dijo una tarde a papá y a la abuela—. ¿Que es preciso entrenar continuamente y renunciar a los amigos y al tiempo libre?

—A Melisa le gusta bailar —respondió la abuela—. Las clases no se le harán pesadas.

—Se cansará pronto. La disciplina no va con ella —le replicó mamá.

—Si se cansa, ya lo dejará —precisó papá—. Pero sería de bobos renunciar antes de intentarlo, ¿no crees?

Mamá iba a añadir algo, pero lo dejó. Sabía que estaba en minoría y no podría ganarles la partida a los otros dos.



Así que, al término de las vacaciones, la abuela Olga me inscribió en una academia de danza cercana a casa. Se llamaba En Puntas y estaba situada en un viejo almacén rehabilitado. La clase era pequeña, estaba limpia y tenía el parqué gastado y la pared contra la que estaba la barra recubierta de espejos. Tenía también un olor particular, a madera y resina, que me gustó enseguida. La profesora se llamaba Mónica y parecía una niña como nosotras, o mejor, uno de los elfos ayudantes de Papá Noel: no muy alta, delgada, con los ojos grandes y una naricilla pequeñísima. Era ella la que enseñaba a las alumnas de primer curso, las que teníamos de cuatro a ocho años.

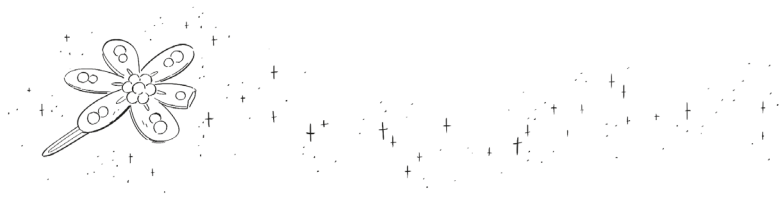
Yo no veía la hora de empezar y ya me imaginaba bailando en un escenario, ligera como una mari-



posa, bajo los focos, rodeada de aplausos. Pero la realidad es un poco diferente. Una cosa es bailar siguiendo tu propio instinto; otra muy distinta, siguiendo las normas. Y, al principio, ¡hay un montón de normas que memorizar! Tienes que mantener la espalda derecha, el cuello estirado, los hombros bajos, las rodillas rectas, la tripa dentro... Pero yo no podía: o me concentraba en todo eso, ¡o seguía la música! Y cuando empezaba la música, me olvidaba de todo lo demás. Los brazos y las piernas se movían como impulsados por fuerzas invisibles y yo giraba, libre y feliz, como si me encontrara en otro mundo.

Y, de ese modo, un día, sin pretenderlo, hice enfadar a la maestra. Mientras ella estaba hablan-





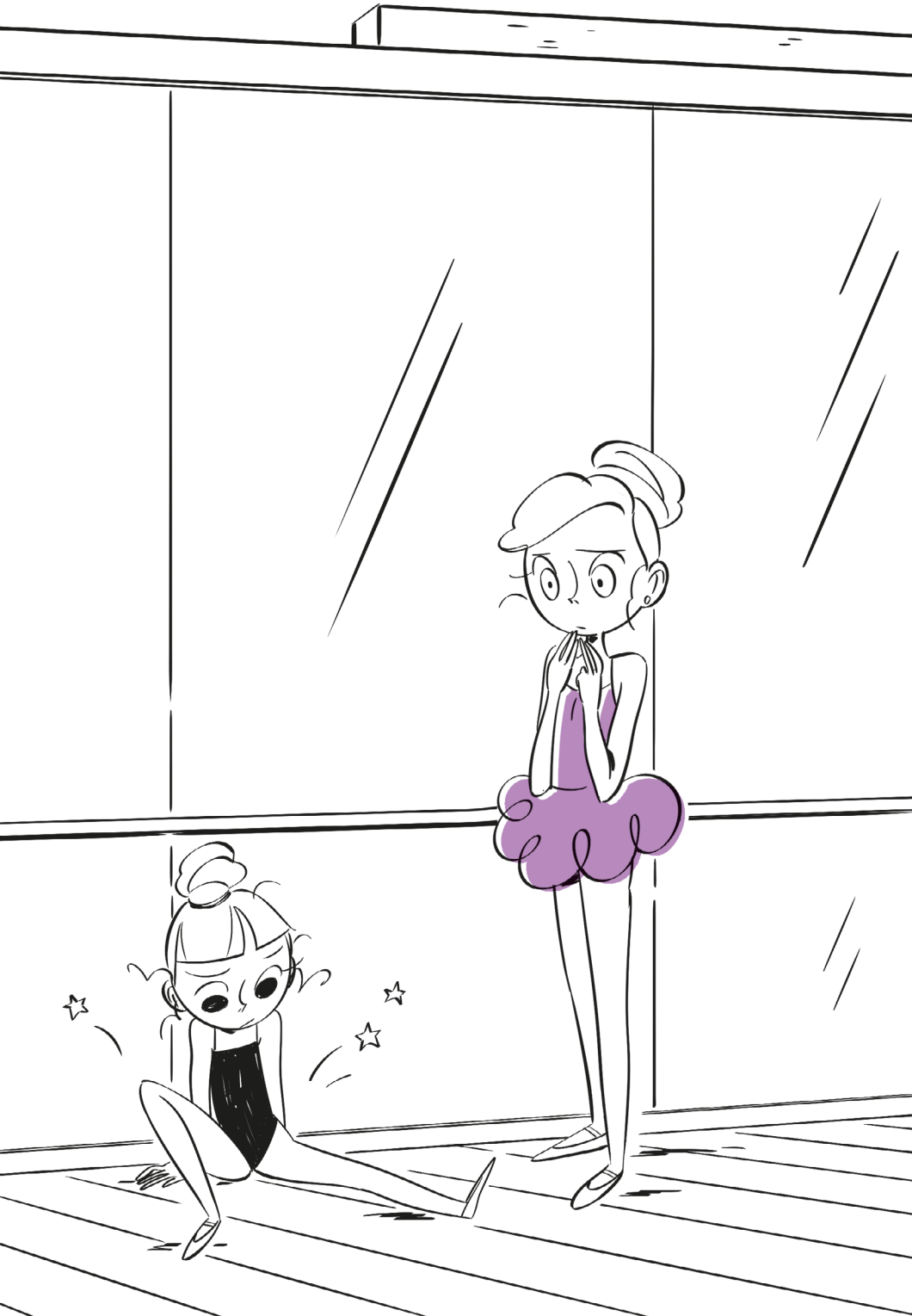
do por teléfono, yo, en vez de hacer los ejercicios de calentamiento que nos había asignado, empecé a improvisar unos pasos de danza que había visto hacer a las mayores. *Assemblé, fouetté, sissonne*: estaba lanzadísima cuando, de improviso, se interrumpió la música. Pillada por sorpresa, me volví de golpe en mitad de una pirueta, perdí el equilibrio y acabé en el suelo, dándome un buen trastazo. ¡Ay!

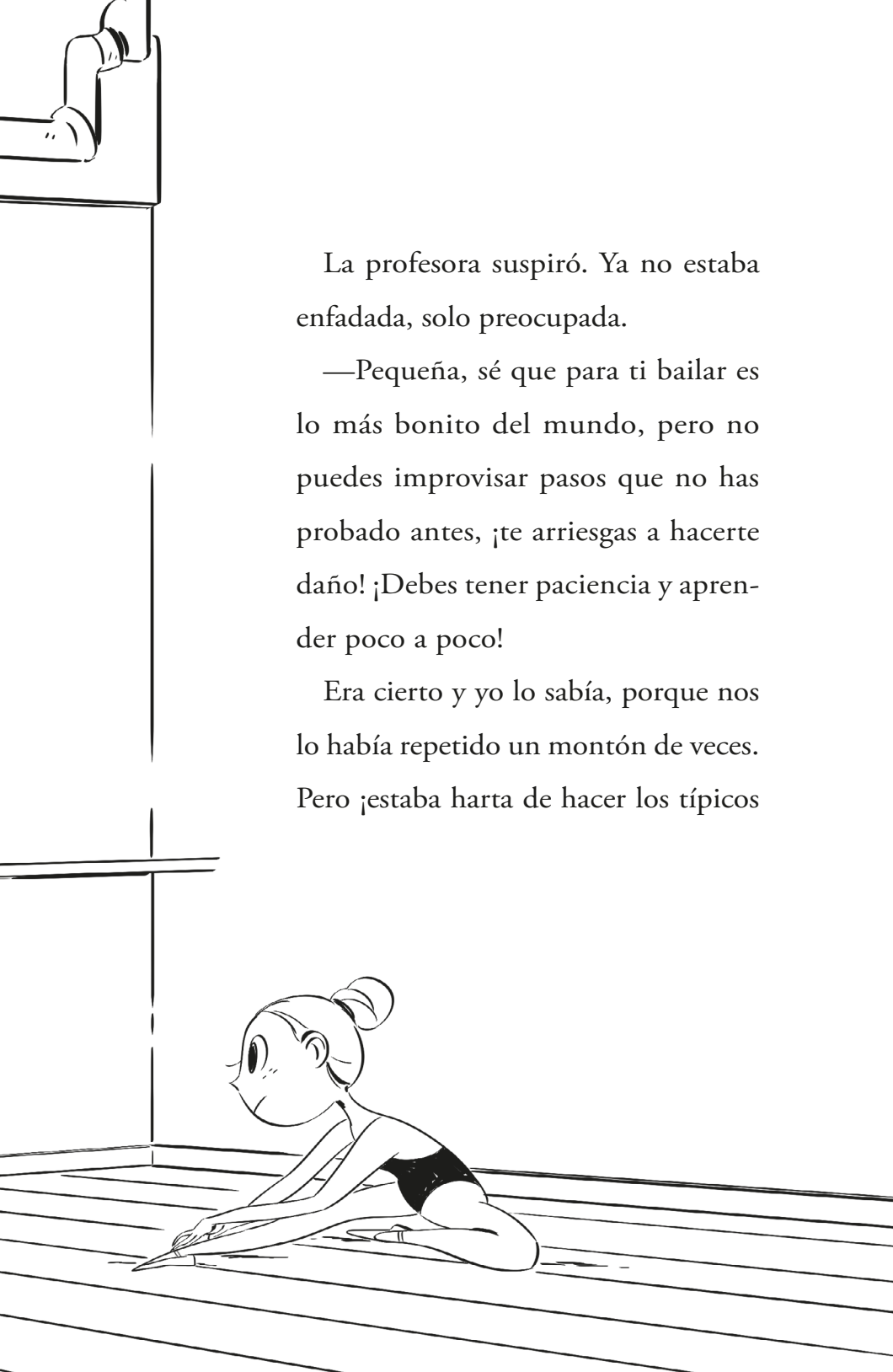
Levanté la cabeza y vi a Mónica con el mando del equipo de música en la mano, enojadísima.

—Melisa, pero ¿cómo se te ocurre? —me riñó—. ¿Te has hecho daño?

—No..., bueno, un poco —admití, frotándome el trasero—. Solo quería...







La profesora suspiró. Ya no estaba enfadada, solo preocupada.

—Pequeña, sé que para ti bailar es lo más bonito del mundo, pero no puedes improvisar pasos que no has probado antes, ¡te arriesgas a hacerte daño! ¡Debes tener paciencia y aprender poco a poco!

Era cierto y yo lo sabía, porque nos lo había repetido un montón de veces. Pero ¡estaba harta de hacer los típicos



ejercicios de principiante! ¡Quería bailar en el escenario de un teatro!

Cuando ese día la abuela vino a buscarme, notó enseguida que había algo que no iba bien. Normalmente yo nunca estaba de mal humor después de clase; al contrario, desprendía alegría por todos los poros.

—¿Qué te pasa, *ptichka*? ¿No gusta clase hoy?
—me preguntó.

Suspiré y luego respondí:

—Sí... No... ¡No lo sé! ¡No creía que se tardara tanto en aprender a bailar! Siempre hacemos lo mismo... Tal vez la danza no sea lo mío.

—¡Oh! ¿Quieres dejar de bailar, entonces?

—Pues, no..., pero...



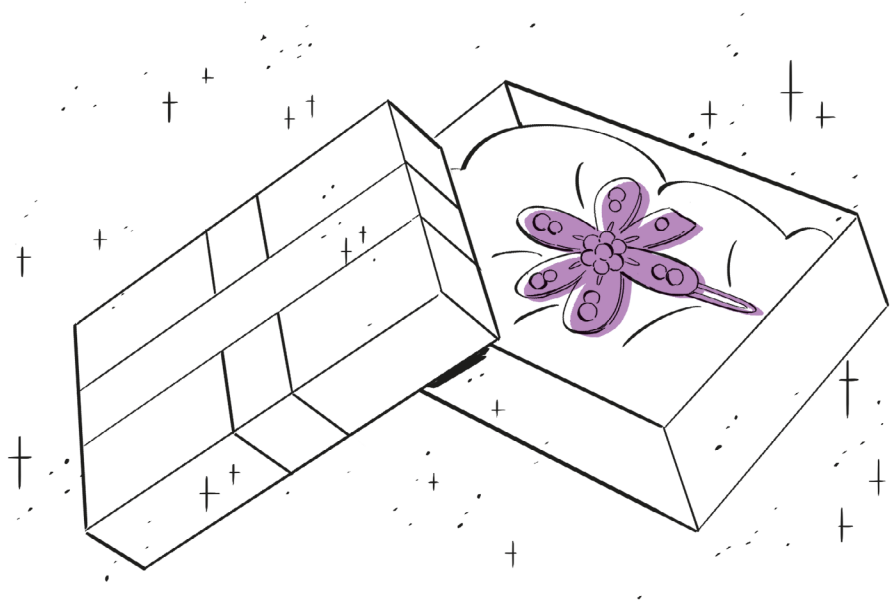
—Danza es sacrificio..., pero también belleza y libertad —me explicó la abuela Olga sonriendo—. Y magia. Necesita tiempo. Pero puede que yo tengo algo que ayude tú. Vamos casa.

Tomamos el autobús y llegamos a casa de la abuela, una buhardilla en el último piso de un edificio antiguo. Era un apartamento pequeño, pero para ella sola era suficiente, y tenía, además, unas vistas bellísimas de la ciudad. Mientras yo admiraba el panorama, la abuela fue a su cuarto a buscar algo. Cuando regresó, tenía en las manos un paquetito envuelto en papel dorado atado con una cinta de tul plateada.

—Para ti —dijo, ofreciéndomelo.

—¿Para mí? ¡Si para mi cumpleaños faltan dos meses todavía!





—Efectivamente, era tu regalo de cumpleaños.
Pero te lo doy ahora.

Desenvolví el paquete. Apareció una cajita de cartón blanco, brillante, que tenía dentro un cojín minúsculo de raso sobre el que había un pasador de pelo con cristales tallados en forma de flor. Uno de los pétalos estaba algo roto, pero eso lo hacía toda-



vía más hermoso, porque le confería mayor brillo al contacto con la luz.

—Es amuleto mágico, *ptichka* —dijo la abuela—. Para bailarinas como tú.

—¿Un amuleto para bailarinas? ¿Y cómo funciona?

—Tendrás que descubrirlo. —Y me sonrió con dulzura—. Ponlo.

Me lo puse en el pelo, junto al moño que todavía no



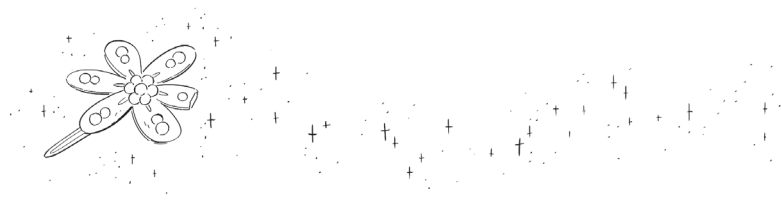
me había quitado después de clase... Y enseguida me sentí distinta: más fuerte, más segura. Puse los pies en primera posición para empezar a bailar, pero luego me detuve. Miré a la abuela.

—¡Cree en ti, *ptichka!* —dijo ella—. ¡Escucha tu corazón y lo lograrás!

Entonces levanté los brazos e improvisé con cuidado algunos pasos por el cuarto, los mismos que había hecho por la tarde en clase. Y esta vez no me caí: ¡los ejecuté a la perfección! Me sentía brillar, como una estrella del firmamento... Era como si dejara a mi paso una estela de luz, ¡igual que un cometa! Tas hacer la reverencia final, la abuela me aplaudió.

—¡Bravo, *ptichka!* Entonces, ¿te funciona amuleto? —preguntó.





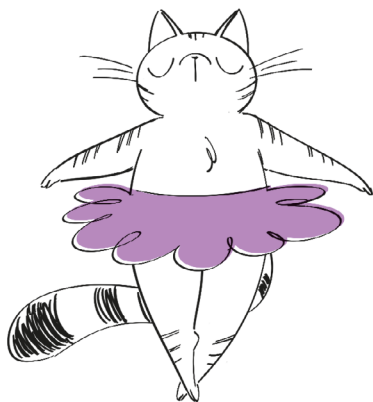
—¡No sabes cómo! ¡*Spasibo*, abuela! ¡Gracias!
—respondí.

Desde ese momento, llevo siempre el pasador en las clases. Cuando me aburro de repetir los ejercicios miles de veces o tengo que aprender un paso difícil, recuerdo las palabras de la abuela: «¡Cree en ti, *ptichka!* ¡Escucha tu corazón y lo lograrás!». Y así fui recuperando la confianza en mí y teniendo más paciencia también, porque comprendí que poco a poco aprendería a hacerlo todo. ¡Hasta Mónica se dio cuenta de mi cambio!

La abuela me hizo también otros regalos relacionados con el baile: un libro con los argumentos de los ballets más famosos, como *El lago de los cisnes* y *Giselle*, la joven que no tiene suerte en el amor, se



convierte en un espíritu y salva a su amado de un destino trágico; un manual práctico que explica todos los pasos de ballet, que me aprendí enseguida, como el *arabesque* y el *attitude*, y una colección entera de DVD. Pero su sueño era llevarme a ver un ballet en el Teatro de la Ópera de Roma, nuestra ciudad.



Soy Melisa y tengo un sueño:
¡convertirme en primera figura del Teatro de la Ópera!

En este libro os hablo de...



Cuando me puse
las zapatillas de ballet
por primera vez.
¡Desde entonces jamás
he dejado de bailar!

¡La vez en que empecé a dar
vueltas, y vueltas, y vueltas para
demostrar que sabía hacer piruetas
como una bailarina auténtica!



¡Cuando decidí hacer
todo lo posible por entrar
en la Escuela de Danza
del Teatro!



1578570

ISBN 978-84-698-6248-3



9 788469 862483

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com